

JUICIO DEL ALMA

EN EL

A M E N T H I ,

SEGUN LA DOCTRINA RELIGIOSA DEL ANTIGUO EGIPTO.

DISCURSO

LEIDO

EN LA SOCIEDAD ANTROPOLÓGICA ESPAÑOLA

EL DIA 8 DE FEBRERO DE 1879,

POR SU SOCIO HONORARIO

D. JUAN VÍCTOR ABARGUES DE SOSTÉN,

Arquitecto, Comendador y Caballero de varias Órdenes nacionales y extranjeras,
Correspondiente en Egipto de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando,
Miembro de la Sociedad biográfica y del Areópago de Francia, etc., etc.



MADRID:

IMPRENTA DE FORTANET,

CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

1879.



5075

JUICIO DEL ALMA EN EL AMENTHI,

SEGUN LA DOCTRINA RELIGIOSA DEL ANTIGUO EGIPTO.



A. ilustr. ^{mo} Señor Doc. Don Pedro de Velasco

ofreci este su afect. ^{mo} amigo, J. B. Arguero de Los Rios

Madrid N. de Mayo 1879

R. 5075



JUICIO DEL ALMA

EN EL

A M E N T H I,

SEGUN LA DOCTRINA RELIGIOSA DEL ANTIGUO EGIPTO.

DISCURSO

LEIDO

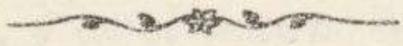
EN LA SOCIEDAD ANTROPOLÓGICA ESPAÑOLA

EL DIA 8 DE FEBRERO DE 1879,

POR SU SOCIO HONORARIO

D. JUAN VÍCTOR ABARGUES DE SOSTÉN,

Arquitecto, Comendador y Caballero de varias Órdenes nacionales y extranjeras,
Correspondiente en Egipto de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando,
Miembro de la Sociedad biográfica y del Areópago de Francia, etc., etc.



MADRID:

IMPRENTA DE FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

1879.



R. 1075



MEMORIA

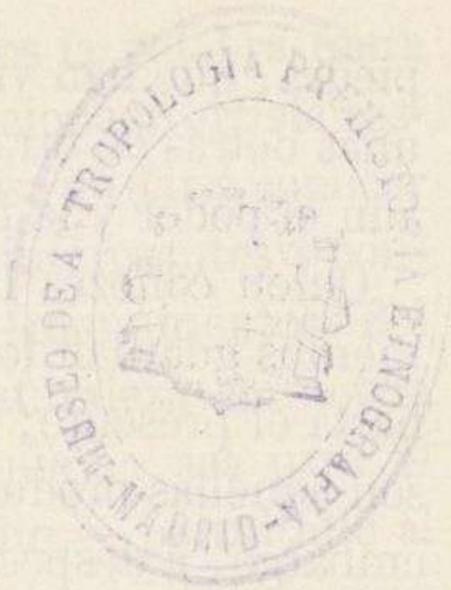
A. M. E. N. T. H. I.

DE

EN LA SOCIEDAD ANTHROPOLOGICA ESPAÑOLA

MADRID





No hay, en verdad, Señores, pueblo alguno en la historia de la humanidad, que despierte, tan vivamente como el Egipto, la atención y el interés de los hombres pensadores, en medio de su postración y de su ruina, á través de las vicisitudes que ha experimentado y que tal vez habrá de experimentar aún, para justificar, sin duda, el espíritu profético que resplandece en aquellas célebres palabras, recogidas por el ilustre Champollion-Figeac y atribuidas á Hermes, palabras que dicen textualmente: *«Oh Egipto, Egipto! ¡Quién te dirá que ha de venir un tiempo en que en lugar de una religion pura y de un culto puro, sólo tendrás fábulas ridículas é increíbles para la posteridad, y en el cual no te quedarán más que palabras grabadas sobre la piedra, únicos monumentos que, de tu sabiduría, tu gloria y tu piedad, darán en lo sucesivo testimonio!»*

Todavía, con efecto, como restos elocuentes de su esplendor y de su grandeza, ya pasados, se levantan en aquel suelo, donde nació la humana cultura, muy insignes monumentos, cuyas imponentes líneas se dibujan sobre un cielo siempre azul y trasparente: gigantes de

piedra, que han visto impasibles hundirse en el polvo, unas detrás de otras, tantas generaciones, y que desafían aún el poder y la inclemencia de los siglos.

Quien conozca las descripciones que de estos monumentos guardan los escritores que han visitado el Egipto hasta el presente, juzgará, y no sin causa, tal vez, que son aquellas producto de la fantasía y de la pasión; y sin embargo, á despecho de su colorido, están muy léjos de la realidad; porque si hay monumentos que, al ser descritos, adquieren singular realce é importancia, hay en cambio otros muchos, como acontece con los egipcios, que desmerecen grandemente, siendo imposible, por tanto, al escritor, dar idea exacta y verdadera de ellos.

Jamás el ánimo se fatiga en la contemplación de aquellos templos inmensos, de aquellos bosques de columnas, de aquellos bajo-relieves, inscripciones y pinturas innumerables y sin fin, de aquellas tumbas abiertas en la roca viva, que penetran hasta las entrañas mismas de la tierra; jamás sentirá el espíritu cansancio ante aquellas gloriosas páginas de piedra, en las cuales se halla toda entera la historia del antiguo Egipto: sus leyes, sus costumbres, su religion, cuanto, en una palabra, le hizo tan grande, cuanto le dió en la historia la preponderancia y el prestigio que hoy le reconocen y conceden los entendidos.

Preciso es, para formar concepto de la grandeza y majestad que respiran aquellas fábricas insignes, ó visitarlas una por una detenidamente, ó tener á la vista trabajos como el ejecutado respecto del magnífico *Templo de Horus* en el Alto Egipto, por mi digno é ilustre amigo, el distinguido arquitecto señor don Ramiro Amador de los Rios, recientemente laureado por él, en el último Certámen Universal de París.

Si al que tiene la honra de dirigiros la palabra fuera dable ostentar las dotes que en el mencionado artista resplandecen, acaso acometeria la empresa de dar á conocer en Europa por medio de trabajos tan interesantes y concluidos como el citado arriba, los monumentos del antiguo Egipto; pero ya que por naturaleza no pueda aspirar á tan preciado galardón, ya que no sea para él hacedero realizar tan lisonjero propósito, — permitidle al ménos que, como muestra y testimonio de la grandeza de que hizo legítimo alarde el antiguo Egipto en todas las manifestaciones de su actividad y poderío, presente hoy á vuestra consideracion un diseño, que si bien indigno de vuestra atencion, como tal, se ofrece sólo adornado del único mérito que es lícito en semejante orden de trabajos: el de la fidelidad, llevada al último extremo por mi parte.

Encierra en sí dos grandes manifestaciones: la artística, en modo alguno desconocida para vosotros, y que pone de relieve el desarrollo singular alcanzado por las artes representativas en aquel pueblo, y en aquellas edades; y al mismo tiempo, la simbólica, pues aspira á representar uno de los dogmas de mayor importancia y trascendencia en la religion egipcia.

Temeria hacer ofensa á vuestra perspicacia é ilustracion tan reconocidas, si me atreviese en este lugar á indicar siquiera consideracion alguna respecto de la significacion artística de esta pintura, cuyo mérito y cuyos procedimientos son ya de antiguo conocidos por vosotros; consentidme sólo algunas palabras en orden á la significacion simbólica, las cuales, abrigo la lisonjera esperanza de que no habrán de desagradaros ni pareceros del todo inoportunas.

El dogma interpretado tan expresivamente por el ar-

tista en la pintura de que es traslado el presente diseño, no se ocultará, Señores, á vuestra penetracion, que es el de la *Psychostasia*, ó lo que es lo mismo, el juicio á que, segun las doctrinas egipcias, se halla sometida el alma humana, cuando abandona el cuerpo mortal, en la region inferior del *Amenthi*, ó infierno egipcio, lugar destinado á pesar y examinar las acciones del alma, durante su peregrinacion por la tierra.

Pintado ó esculpido en bajo-relieve en los templos de Tebas, en las tumbas de los reyes en Lúxor, y en otros varios monumentos, no se ofrece interpretado siempre de igual forma, acomodándose á las condiciones del artista de cada época; pero existe entre todas estas manifestaciones un vínculo tan íntimo y evidente, que, á pesar de las diferencias que las apartan, reconócese desde luégo en ellas la misma idea, mejor ó peor representada.

El trascurso de los siglos y las vicisitudes experimentadas por el Egipto han hecho que, por desgracia, no haya llegado á nuestros dias en toda su integridad, ó al ménos en la apetecible, ninguna de estas representaciones pintadas ó esculpidas que se muestran en mucha parte sensiblemente deterioradas, siendo ésta una de las dificultades con que me fué preciso luchar, para recoger en un cuadro los pasajes de la *Psychostasia*, tarea en la cual, no ocultaré por cierto, me ha ayudado bastante el estudio; el colorido y diseño especial de las figuras, cuyos tipos y facciones caracterizan los personajes, fueron tambien otra de las dificultades, y no la de menor alcance é importancia; pero vencidas al postre, unas y otras, en la medida de mis fuerzas, tuve la satisfaccion de ver terminado mi trabajo, tal y como tengo la honra de ofrecerle hoy á vuestras miradas.

Habría deseado presentaros ofrenda más digna de vosotros, y que, en lugar de estas breves líneas, me hubiera permitido el tiempo atestiguar mi gratitud y reconocimiento hácia esta ilustre Corporacion con un estudio más completo y detallado. Yo os empeño, Señores, mi palabra, de que en otra ocasion procuraré realizar esta aspiracion mia, á fin de hacerme digno del título de compañero con que me habeis honrado, asociándome á vuestras tareas científicas: entre tanto, recibid este débil homenaje de mi adhesion y de mi respeto, con la benevolencia que os distingue y caracteriza.

Para vosotros, hombres de ciencia, familiarizados de antiguo con el estudio, no se os ocultará en manera alguna, que destinado el Egipto para ser cuna de la civilizacion y de la cultura humanas, al extender y propagar por todas partes sus primeros ensayos y beneficios, ha cumplido su noble mision, y que Europa le es deudora, bajo muchos aspectos, de sus progresos y adelantos en la historia.

Durante largas edades todo ha sido en aquella célebre region singular y misterioso: las primeras páginas de los anales de la humanidad nos hablan de su gloria, de sus inmensos trabajos, y sobre todo, de su organizacion omnipotente, si así puede llamarse, regida y regulada por la más absoluta teocracia. El gobierno de Egipto no era más que un gobierno de sacerdotes; pero es preciso dar á esta palabra la acepcion que tenía en aquellos remotos tiempos, en los cuales los ministros de la religion eran tambien los ministros de la ciencia.

En tal concepto, pues, la religion ejercia constante

influencia, no sólo sobre las leyes, sino también sobre las costumbres, tanto públicas como privadas, siendo verdadero apoyo y sostén de la autoridad real para mantener y conservar los pueblos en el amor al orden, al deber y á la obediencia. Su yugo, no obstante, ni afrentaba ni escarnecía al pueblo, que lo soportaba con alegría y reconocimiento, porque practicando los sacerdotes las más raras virtudes, las inculcaban generosos en todos los espíritus, las revelaban oralmente á los más entendidos, y presentaban bajo formas sensibles á los ojos de los ménos inteligentes los preceptos de una moral depurada, origen y fuente de aquellos dogmas saludables y llenos de consuelo que, proclamando la unidad de Dios, la inmortalidad del alma, los castigos y recompensas de otra vida, proclamaban al mismo tiempo la igualdad del pueblo, ante una sola ley, una sola justicia y un solo derecho para todos.

Semejante creencia,—en la cual aparecían confundidos á la continua el cielo y la tierra, la divinidad y el hombre en el misterio de una religion que entrañaba á la vez los preceptos más útiles de higiene pública y la regla de las nobles acciones,—mostrábase grabada en todos los pechos, escrita en todos los libros y expresada figurativamente sobre todos los monumentos públicos. No es lícito, sin error, disputar al Egipto tales y tan sublimes resultados de su largo estudio del hombre y del universo. «Allí fué, ha dicho un escritor cristiano del primer siglo de la Iglesia, donde Homero y Platon aprendieron el dogma de la unidad de Dios;» añadiendo otro Santo Padre griego, que «el dogma de la inmortalidad del alma pasó del Egipto á Grecia, y que Platon lo aprendió de Pitágoras, como muchos otros lo aprendieron de Platon.»

La trasmigración sucesiva del alma, separada ya de la materia que animó sobre la tierra, idea fué propia del Egipto y de sus primitivas y sábias instituciones; cuadro en el cual se representaban las pruebas que aquella emanación divina debía de sufrir hasta llegar á la infinita perfección, objetivo constante de sus esfuerzos virtuosos. Merced á la prevision que ha caracterizado siempre al pueblo egipcio, nos es dado conocer hoy el cuadro completo de aquellas pruebas formidables á que se hallaba sujeta el alma, así como también las imponentes ceremonias que prescribía el código religioso.

Existen afortunadamente muchos cuadros, conocidos cada uno de ellos con la individual denominación de *Ritual funerario*; las copias originales no son tampoco grandemente raras; pero es bien corto el número de las que, trazadas sobre papyrus, se ofrecen en la actualidad completas. Escritas en signos jeroglíficos ó en signos hieráticos, estas copias pueden ser conocidas fácilmente por una serie de escenas pintadas en el manuscrito, y que muestran un personaje de forma humana compareciendo sucesivamente en la presencia de un gran número de divinidades, á las cuales hace ofrendas ó dirige súplicas.

La antigüedad griega habla de semejantes juicios que se celebraban en la tierra con los despojos de la muerte, al mismo tiempo que en el *Amenthi* ó infierno egipcio. Los egipcios sometían las personas de todas clases y jerarquías á este mismo tribunal, ántes de permitir que el cuerpo del muerto fuera depositado en la tumba. Ciertos jueces, inexorables como el destino, examinaban en presencia de la multitud la conducta observada por el muerto respecto de sus conciudadanos; y si no había cumplido sus deberes para con los dioses y para con los

hombres, se rehusaba á su cadáver un lugar en la catacumba. Tal era el efecto que producía esta costumbre sobre la moralidad pública, que hasta los mismos reyes eran juzgados como el último de los ciudadanos, cual atestigua, con toda claridad y evidencia, el hecho de que entre los nombres de los reyes Pharaones que se leen en las ruinas de Tebas, no aparezca el de algunos de ellos, cuya memoria fué proscrita y declarada indigna, sin duda, por aquellos jueces supremos.

Imitaban, pues, los egipcios en parte sobre la tierra, con respecto al cuerpo, lo que, según sus doctrinas religiosas, creían ser practicado en el *Amenthi* respecto de las almas, lugar aquel donde pasaban después de su separación del cuerpo. Los referidos cuadros religiosos, de que se ofrecen literalmente cubiertos los monumentos antiguos, y los textos escritos, que facilitan su interpretación, han venido á corroborar la opinión de las personas de buena fe, quienes sin ofensa de la antigüedad de la razón humana, no reservan orgullosamente para el siglo en que viven las revelaciones del espíritu y las más nobles inspiraciones del alma.

No es difícil comprender que la religión egipcia, á pesar del aparato politeísta con que aparece hoy á nuestros ojos, era en realidad de verdad un *monotheismo* puro, manifestado exteriormente por un *politheismo* simbólico; ó lo que es lo mismo: que descansando toda la teogonía egipcia sobre un solo y gran principio representado en un Dios único, sus cualidades y atributos se personificaban en igual número de agentes activos que pasaban por tal camino á constituir otras tantas divinidades obedientes y secundarias.

En esta religión, como en todas del antiguo mundo, resaltan desde luego tres puntos principales: el dogma ó

la moral; la jerarquía indicando el rango y la autoridad de los agentes, y el culto, ó la forma de los indicados agentes, al mismo tiempo que las ceremonias sagradas, practicadas así en público como en el más secreto santuario, respecto de cada uno de ellos. Cierto es que los egipcios se habian elevado, por su pensamiento y la larga observacion de la naturaleza, á la idea de la unidad de Dios, la de la inmortalidad del alma y la de otra vida, en la cual habian de recibir las almas, conforme su conducta, las penas ó recompensas á que se hubieren hecho acreedoras; pero, hablando en primer término del Sér Supremo y primordial, del Dios *Amon-Rá*, es de observar que siendo él su propio padre, era calificado de marido de su madre, la diosa *Mouth*, y llevaba encerrada en su esencia, á la vez masculina y femenina, su porcion femenina, siendo digno de repararse que el nombre *Mouth*, hasta hoy no interpretado, quiere decir en antigua lengua egipcia, «principio ú origen.»

Las demás divinidades son sólo formas de uno y otro principio constitutivo, considerados ámbos bajo distintas relaciones y cada una de ellas aisladamente; puras abstracciones del primero y gran Sér, formas secundarias, terciarias, etc., con cuya gradacion establece una cadena no interrumpida, que descendiendo del cielo, se materializa hasta las encarnaciones sobre la tierra, bajo la forma humana. No hablaré aquí sino de la última de estas encarnaciones, que es la de *Horus*, postrer anillo de la cadena divina, formado bajo el nombre de *Horammon*, la ω de los dioses, de quienes *Amon-Horus*, el gran *Amon*, es el A, el punto de partida de la mitología egipcia. Verdadera trinidad, *Horamon* se halla compuesto de tres partes de *Amon-Rá*, á saber: *Amon*, el másculo y el padre; *Mouth*, la hembra y la madre, y *Khôns*, el hijo varon;

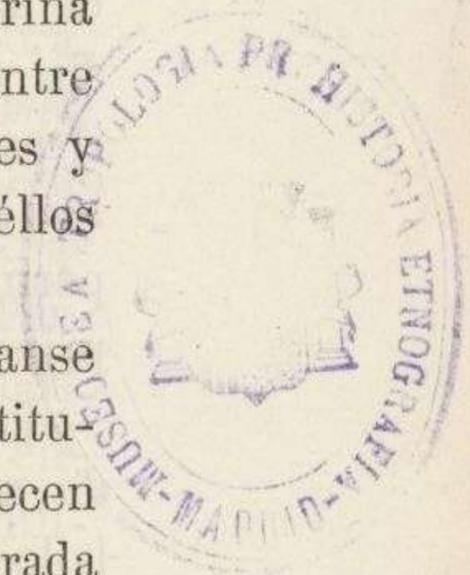
manifestada esta trinidad sobre la tierra, se resuelve en otra trinidad, representada por *Osiris*, *Isis* y *Horus*, los tres más grandes y poderosos dioses, despues de *Amon-Rá*, adorados por los antiguos egipcios, que encerraban en ellos todos los principios. Obedeciendo esta ley, el conjunto del sistema de la jerarquía religiosa estaba compuesto de una série de trinidades distintas, aunque no aisladas, que se enlazaban y encadenaban las unas á las otras por alianzas colaterales y sábiamente constituidas, estando cada uno de los templos del Egipto consagrado especialmente á una de estas trinidades.

Considerando la extension y la magnificencia de los edificios religiosos, su inmenso número y la gran riqueza de representaciones figurativas del gran Dios y de los otros seres divinos, que en ellos se advierte, claramente se evidencia que el culto propiamente dicho, y con él las ceremonias que se practicaban en el interior y en el exterior de los templos, no han debido tener, acaso, igual ni semejante, siendo, por lo demás, este culto esencialmente favorable al desarrollo y progreso de las artes, si no por la perfeccion de las formas, sujetas á tipos ya consagrados, á lo ménos en cuanto concierne á la parte técnica y material, cuyo vigor se revela incontestablemente en la perfecta ejecucion de las más extrañas composiciones, reproducidas al infinito, lo mismo en las materias más duras que en las más raras ó en las más comunes. Tal variedad y riqueza de representaciones de seres divinos procedia en Egipto no sólo de la multiplicidad de dichos seres, sino tambien y principalmente de la circunstancia, digna de estima, de que cada una de aquellas divinidades se reproducia en tres tipos ó formas diferentes, cuales lo eran: primero, el de la forma hu-

mana pura, con los atribuos especiales que la caracterizaban y distinguían; segundo, bajo la figura del cuerpo humano, con la cabeza del animal privativamente consagrado al dios á quien se hacía referencia; y tercero, finalmente, bajo la figura del mencionado animal, adornado de los atributos propios de la divinidad, á quien se aludía y á quien se intentaba representar, segun la doctrina egipcia, que creyó encontrar marcadas analogías entre el carácter de determinados animales y las virtudes y funciones de las divinidades que fueron en aquéllos simbolizadas.

Los signos característicos de cada divinidad míranse constantemente colocados sobre su cabeza, constituyendo su adorno, miéntras el rostro y el traje se ofrecen algunas veces revestidos de la coloracion consagrada individualmente á cada uno de aquellos seres divinos, en quienes el carmin y el azul denotan la más elevada jerarquía, indicando asimismo su mayor dignidad y su categoría, las dimensiones de las figuras, las cuales representarán seres de órden tanto más superior cuanto mayores sean aquéllas, siempre que lo consientan las proporciones del sitio donde hayan de ser representados. Como se advierte, pues, nada ha sido olvidado por la ley religiosa, y nada tampoco se ha dejado al arbitrio del artista, siendo debido á esta uniformidad constante, el éxito alcanzado por el estudio respecto de la representacion simbólica de la religion egipcia.

Consecuencia natural es de la observacion precedente, el que los mismos atributos indiquen siempre la misma divinidad, y su enlace, el consorcio de los personajes divinos, segun las ideas y las creencias egipcias. El número considerable que de aquéllos se advierte en el Pantheon,—si bien no son los indicados personajes más que



emanaciones de un primer Sér, — ha hecho que sean también inmensos el número y la variedad de los atributos, y ha complicado al par el estudio de estos personajes ó divinidades inferiores. Yo no haré, por tanto, referencia en este lugar sino á las divinidades de primer orden, cuya imágen y cuyos atributos se destacan en el cuadro de la *Psychostasia* que teneis á la vista: fatigoso sería sin duda para vosotros y para mí, el empeño, acaso irrealizable, de intentar una explicacion comprensiva de los séres divinos de todas las categorías; y habeis de permitirme, en su virtud, que me contraiga al objeto principal de este humilde trabajo.

Como caractéres generales, debo marcar aquí la cruz de asas, ó T coronada por un anillo, que como el símbolo de la vida divina, lleva cada dios pendiente de una mano, miéntras ostenta en la otra un cetro coronado por una cabeza de cucufa en las divinidades masculinas, cual símbolo de beneficencia, y por una manzana abierta, en las femeninas. La figura humana del dios muestra además en la barba un apéndice en forma de trenza, de que las diosas carecen casi siempre, dándose con frecuencia el caso de que cuando se hallan las divinidades ocupadas en cualquier funcion particular, se presenten desprovistas de la cruz con asas y del cetro arriba mencionados, reconociéndoselas entónces por el adorno especial de la cabeza, por el color con que se ofrecen pintados sus semblantes y por el del traje que las cubre.

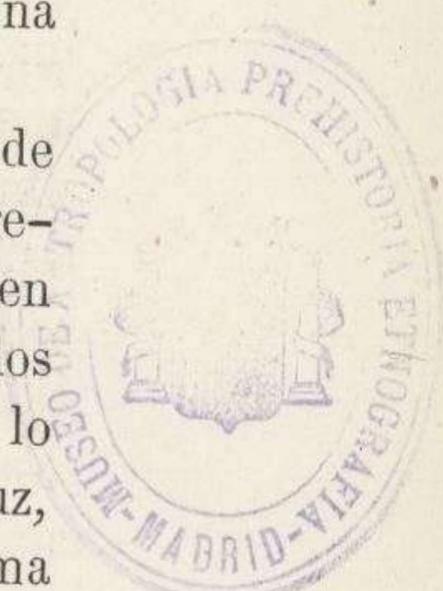
Dadas estas ligeras nociones, hora es ya de dar comienzo á la explicacion de las principales figuras que se advierten en el diseño que me he permitido presentaros.

Mírase en la parte superior representado el *Pretorio del Amenthi*, cuyo fondo se muestra cubierto de pequeños

puntos rojizos, compuesto aquél por cuarenta y cuatro divinidades diferentes, que son los jueces, ó por mejor decir, los jurados, delante de los cuales el alma del difunto debe presentarse desde luégo. Correspóndeles el derecho de asistir á semejantes juicios; y colocados en dos hileras, ocupan la parte superior de la escena. La primera deidad, empezando por la derecha de cada hilera, lleva una pluma azul sobre la cabeza y es la diosa *Thmeï*, hija del sol, compañera inseparable de *Osiris* en el *Amenthi* y presidente por derecho propio de los demás jurados, correspondiendo en la teogonía egipcia á la *Persephone* de los griegos y á la *Proserpina* de los romanos. Sus funciones en este acto se limitan á recibir á la entrada del *Amenthi* las almas de los muertos, tranquilizándolas y excitando su confianza mientras se examina su conducta en la tierra.

Considerada como protectora del Egipto y directora de la potestad real, la imágen de esta diosa es muy frecuente en los monumentos egipcios, representándola en *Hera* los griegos y en *Juno* los romanos. Pero entre los egipcios, *Thmeï* era el emblema de la *Verdad*, por lo que fué reputada como la primogénita del dios de la luz, atribuyéndosele por consecuencia la presidencia suprema de las regiones infernales, donde las mundanas vanidades se desvanecen y donde las fantasías humanas desaparecen y se destruyen, para dar lugar á las eternas realidades.

Debia, por tanto, dirigir y presidir el juicio de los jurados del *Amenthi*; y como representaba la *Verdad*, su imágen debia ostentarse pendiente del cuello de los jueces que componian el tribunal encargado de decidir sobre la tierra los negocios más importantes de la familia. *Verdad* y *Justicia* son dos ideas esencialmente conexas



en el orden moral; una sola palabra expresaba ámbas en la antigua lengua de los egipcios, y el título máspreciado y comun entre los que tomaron los reyes Pharaones en sus Obeliscos fué el de *Amigo de Thmeï*, amigo de la Verdad, es decir, amigo de la Justicia. Hé aquí por qué razon *Thmeï* fué mirada como la directora del poder real, dando á entender por tal manera, que todas las acciones de los reyes, léjos de obedecer á su propio arbitrio y á su voluntad, estaban inspiradas por la diosa *Justicia-Verdad, Thmeï*.

Delante de los cuarenta y cuatro jueces, mencionados arriba, adviértese una figura arrodillada, cuyos brazos levantados en alto claramente revelan su actitud suplicante. Como los jueces se encuentran colocados en dos hileras, la representacion de la misma figura ha debido ser repetida, simbolizándose en ella el alma del difunto bajo las formas corpóreas que la revistieron durante su permanencia en la tierra. Presentada en tal disposicion, los cuarenta y cuatro jueces van á decidir de la suerte del alma y pronunciar la primera sentencia, que habrá de confirmar ó revocar el Juez Supremo.

Las cabezas de los jueces afectan diversas figuras: unas ofrecen la forma humana, otras las de la cabeza de diversos animales, como el leon, el gavilan, el hipopótamo, la ibis, el carnero, la víbora, la serpiente, el cocodrilo y el cinocéfalo, proviniendo semejante variedad de la necesidad de caracterizar uno por uno á cada cual de ellos, representados hieráticamente y ejerciendo funciones diversas. Enojosa, más para vosotros que para mí, sería en verdad la tarea de referiros sus nombres propios, detallar su progénie y dar razon de la parte de poder divino que á cada uno de ellos corresponde, con tanto mayor motivo, cuanto que Diodoro Sículo habla de

estos génius al describir los bajo-relieves de la tumba de Osmandias, bajo-relieves en los cuales se halla expresivamente representado el juicio del alma de aquel conquistador insigne (1).

En la parte inferior del referido diseño, debajo del jurado que preside *Thmeï*, desarróllase otra escena, de mayor interés si cabe, que la precedente: formando á la derecha un grupo, hállanse tres figuras distintas, de las cuales la del centro es el alma del difunto, siempre bajo su forma material, y vestida á la usanza ordinaria de los egipcios. Rodéanla á uno y otro lado dos divinidades, de rostro verde y traje acarminado la de la derecha, que es la diosa *Verdad*, y desnuda hasta la cintura, cubierta por una tela azul, la de la izquierda, que es la diosa *Justicia*; ostentando ésta en la mano derecha la cruz de asas, símbolo de la vida celeste, empuña con la siniestra el cetro ántes mencionado; coronando sus cabezas mírase en ámbas una pluma azul, signo que ocupa el lugar de la diadema, y que es símbolo de la justicia, razon por la cual los jueces llevan igualmente sobre sus cabezas una pluma, cuyo color varía segun el rango á que pertenecen en el sistema de las divinidades egipcias. Una y otra deidad no son sino una sola y única persona, representada distintamente, no componiendo, por tanto, más que una sola divinidad, *Thmeï*, *Verdad* y *Justicia*, que son en realidad un solo principio. La *Verdad* recibe el alma despues de haber sido juzgada por los cuarenta y cuatro jurados,

(1) Diodoro Sículo no habla más que de cuarenta y dos génius, creencia en que le sigue sin recelo el ilustre Champollion-Figeac; el gran egiptólogo Lepsius sólo afirma la existencia de cuarenta; pero deber mio es advertir que he hallado efectivamente cuarenta y cuatro génius ó jueces en el *Pretorio del Amenthi*.

y la presenta, ó por mejor decir, la empuja hácia su hermana la *Justicia*. El alma va á sufrir, entre tanto, la segunda prueba, la de pesar sus faltas y sus virtudes: todas sus acciones van á ser pesadas en la balanza de las almas del *Amenthi*, y este instrumento decidirá en gran parte de su suerte futura.

El fuste que soporta la balanza hállase coronado por un platillo, sobre el cual se advierte un cinocéfalo, imágen simbólica de uno de los ministros del dios *Thôt*, de quien hablaré en seguida. Llamado alternativamente *Api*, que quiere decir número ó cantidad, y *Hûp*, juicio, sentencia, nombres relativos que indican las funciones del génio que preside al peso de las acciones del alma en la balanza infernal, cuya custodia le está confiada, apellídase realmente *Apihâp* (número, juicio), y miéntras en la mano derecha sostiene una pluma verde, emblema de la fidelidad, toca con la izquierda un hilo, que parece ser el fiel de la balanza.

Otros dos personajes se hallan en pié al lado de los platillos de aquel instrumento, en actitud de pesar las buenas ó malas acciones del alma, representando la figura de la derecha, cuya cabeza es de gavilan, al dios *Horus*, el hijo predilecto de *Osiris* y de *Isis*; con el brazo levantado hácia el fiel de la balanza, examina atentamente su movimiento, en tanto que sujeta con la mano izquierda una de las cuerdas del platillo inmediato, sobre el cual se halla un vaso de rojizo barro ó arcilla, en el que se simbolizan las malas acciones del difunto.

La figura de la izquierda es el dios *Anúbis*, con cabeza de chacal ó lobo de Egipto, quien siendo hijo de *Osiris* y de *Nephtis*, es asimismo hermano de *Horus* y parece sujetar con la mano derecha una de las cuerdas del platillo más próximo de la balanza, sobre el cual se mues-

tra un peso, representado por una pluma azul, ó sea la diosa *Thmeï*, *Justicia-Verdad*, á quien se alude simbólicamente: con la cabeza vuelta hácia su hermano *Horus*, *Anúbis* hace semblante de preguntarle el resultado del peso, que debe ser escrito. A la izquierda de la balanza, instrumento formidable, mírase otra divinidad, cuya elevada estatura anuncia, desde luégo, su alta jerarquía: esta divinidad es *Thôt Psychopompo*, el segundo *Hermes*, cuyo destino es el de escribir el resultado del peso de las almas en el *Amenthi*. El dios *Thôt*, en quien se personifican la ciencia y la sabiduría divinas, es el inventor de las letras y el primer legislador del Egipto. Cuando el gran *Osiris* revistió la forma humana, para introducir la vida civil en el mundo, *Thôt*, el Mercurio de los egipcios, fué su fiel compañero y como el alma de sus consejos. Las tradiciones religiosas añaden, que jamás abandonó á *Osiris*, áun cuando este dios estableció su morada en el *Amenthi* para juzgar las almas.

El Mercurio egipcio ofrécese caracterizado por su cabeza de Ibis, pájaro que en la escritura sagrada egipcia es emblema del corazon y de la inteligencia. Por su singularidad, creo me habreis de permitir, señores, recordar en este sitio, que en el calendario cofto-egipcio, uno de los doce meses del año, que comienza el 13 de Setiembre y termina el 12 de Octubre, lleva el nombre de esta divinidad, apeñidándose en consecuencia *Thôt*, porque los coftos no poseen otro calendario que el de los antiguos egipcios, entre quienes contaba el año exacto 365 dias, cuyo principio coincide con el 12 ó 13 de Setiembre del Gregoriano, y que, compuesto de doce meses, de 30 dias cada uno, acrece cinco ó seis dias suplementarios, segun que el año es comun ó bisiesto.

Los antiguos egipcios habian dado á cada uno de los

meses el nombre de una de sus divinidades, erigiéndolas respectivamente en guías y protectoras del mes que les estaba consagrado, habiendo pasado tales denominaciones á los coftos de nuestros dias, con muy cortas diferencias en la pronunciacion, merced al trascurso de los siglos. Así, pues, Thôt es el primer mes del año, y el antiguo Thôt; Bâbeh, el antiguo Paopi, y el segundo mes; Hatour, el antiguo Athyr, el tercero; Kêhâk, el antiguo Khoïak, el cuarto; Toubeh, el antiguo Tobi, quinto; Amchyr, que no ha cambiado de nombre, sexto; Barmahât, el antiguo Phaménoth, sétimo; Barmoudeh, el antiguo Parmuth, octavo; Bachaus, el antiguo Pachoos, noveno; Basneh ó Baonah, el Payni, que es el décimo; Abib, el Epiphi, oncenno; y finalmente, Mesra ó Misra, el antiguo Mésore, que ocupa el décimo segundo puesto. Todo indica, por tanto, segun queda insinuado, que el calendario egipcio ha sido perpetuado por la tradicion entre los coftos, cuya Era no da comienzo con la nuestra, sino más bien con el reinado de Diocleciano, en memoria, sin duda, de la terrible persecucion que sufrieron entónces los cristianos, por lo que es llamada Era de los Mártires, y cuenta, por consiguiente, 284 años ménos que la nuestra, habiendo comenzado para ellos el presente año, que es el de 1595, el 10 de Setiembre de 1878.

Fieles, pues, á la tradicion, los cristianos coftos de Egipto han conservado intacta la forma del año de los antiguos: las diferentes dominaciones que se han sucedido sobre el suelo faraónico no han cambiado en nada el calendario primitivo, y los conquistadores musulmanes han creído deber respetar aquel débil y último recuerdo de una civilizacion perdida, al imponer su religion y su lengua á los pueblos del Nilo. No juzgo im-

oportuno traer á la memoria en esta digresion, que habré de disculparme vuestra benevolencia, que en 1792 la Convencion Nacional en Francia decretó una reforma del calendario gregoriano, tomando de los coftos su sistema, que no duró largo tiempo.

Estas consideraciones llevan como de la mano á uno de los puntos más oscuros en la historia del Egipto, cual lo es, sin duda alguna, el de si los coftos actuales de aquella region son los descendientes directos de los antiguos egipcios; todo parece indicarlo así, facilitando una prueba de ello el que la lengua cofta contiene una infinidad de palabras, cuyo origen egipcio no puede oscurecerse á pesar de su natural descomposicion, y que guardan el mismo sentido gramatical y el mismo valor eufónico. Pero aún así, cuando se han estudiado el carácter, las costumbres y los principios de los coftos para compararlos con los de los antiguos egipcios, toda comparacion se hace desde luego imposible, no siendo lícito aceptar semejante posibilidad, sin admitir al propio tiempo, que jamás pueblo alguno experimentó en la historia transformacion tan absoluta, ni degradacion tan depravada, si se me permite la palabra, pues no hallo otra que pueda expresar mejor, á mi juicio, lo que eran los antiguos egipcios, frente á frente de los coftos actuales.

Tal vez, Señores, en Abisinia, donde espero bien pronto llevar mis investigaciones, sea hacedero encontrar huellas que puedan servir de elementos para esclarecer las dudas que respecto á aquel extremo subsisten, dudas que los historiadores conocidos han querido en vano disipar, no confesándose vencidos ante la gran contradiccion, en la cual han caido cuantos han escrito acerca del pueblo cofto y de su progénie, ignorada por él mismo.

Mas, volviendo al objeto principal que me obliga hoy á molestar vuestra discreta atencion, debo haceros notar que el dios *Thôt*, representado á la izquierda de la balanza ya citada, mantiene en la mano derecha un cálamo ó pluma, instrumento que en el idioma literario de los árabes ha conservado el mismo sentido, expresando gramaticalmente la pluma con que se escribe (قلم), á pesar de ser esta palabra, como otras muchas hebreas, arábicas, sirias y coftas, de reconocido origen egipcio. Soporta con la mano izquierda la divinidad referida, una plancha ó lámina, sobre la cual consigna el resultado de la ponderacion del alma en la balanza, así como todas las acciones buenas ó malas del difunto, especie de expediente informativo que debe presentar á *Osiris*, juez supremo de las almas, cuyos labios han de pronunciar la sentencia definitiva.

Llegado á este punto, debo confesar ingénuamente, que no habiéndome sido dado, á pesar de mis esfuerzos, descifrar lo escrito sobre la plancha de *Thôt* (1), he trazado tres nombres con caractéres jeroglíficos, cuales son el de *Osiris*, el de *Horus* y el de *Thôt*. La proximidad de la estancia de *Osiris*, el juez supremo, es anunciada á continuacion por un pedestal de mármol, algun tanto inclinado, sobre el cual descansa un animal monstruoso, pero cuyas formas aparecen bastante determinadas, para que sea posible reconocer una cabeza de hipopótamo con mezcla de cocodrilo y el cuerpo de un perro, con cola de penacho. No otro es el *Cerbero* egipcio, representado en este pasaje bajo la forma de hembra, así como tambien en los cuadros astronómicos de los templos de

(1) Hállanse los caractéres casi completamente deteriorados.

Esnáh, Tébas y áun Denderáh, ocupando en el cielo el lugar que los griegos han dado á la Osa mayor. Esta constelacion era llamada el *Perro de Typhon* por los egipcios, y su presencia en el *Amenthi* no deja duda de que es este animal monstruoso el tipo del *Cancerbero*, el cual, á creer los mitos griegos, guardaba la entrada del palacio de las Hadas: la leyenda egipcia le apellida el guardian *Oms* y le califica de rector de las regiones inferiores.

Despues del *Cerbero*, álzase otro pedestal en forma de altar, colocado delante del gran *Osiris*, sobre el cual se muestran las ofrendas hechas á este dios, constituidas frecuentemente por panes, carnes diversas, granadas, frutos y siempre flores de Loto, que son el símbolo del mundo material; en el caso presente el altar no contiene más que un pan y un boton de flor de Loto, sujeto por una cinta. Delante del dios está un *Thyrse*, al cual se halla arrollada una piel de pantera, cuya cola se muestra en su extremo abierta. El altar cargado de ofrendas y la piel de pantera, han sido indistintamente emblema de Baco, y de ésta y otras imitaciones, que no os son desconocidas, se deduce, como es ya universalmente sabido, que la mitología griega es sólo una amalgama de diversas ideas y principios de la religion egipcia.

El gran dios *Osiris*, sentado sobre su trono, ocupa el último lugar; muéstrase el trono compuesto de escamas sobrepuestas las unas ó las otras, coloridas de diversos modos, entre las cuales se distingue un cuadro de fondo gris, en medio del cual resaltan las flores de Loto; el pedestal es de color de granito violado, y sobre el respaldo del trono se hace una banda, sembrada de perlas y rubíes. Caracteriza primeramente á *Osiris* un adorno especial de la cabeza, formado por la parte superior del *pschént*, tiara real, ceñida por una diadema que se une

por medio de dos apéndices de extremos encorvados, que son los cuernos del *bouc*, emblema de la facultad generadora. Muestra *Osiris* en sus manos un látigo ó disciplina, y un cetro encorvado en forma de gancho, tal vez para significar el poder de excitar y contener el movimiento de las cosas, ó acaso para aludir al nombre de la region infernal que preside, esto es, al *Amenthi*, pues que con él atrae hácia sí las almas de los vivientes, que se creia las devolvía otra vez al mundo. Por mi parte creo que esta última hipótesis es la más aceptable, y que el látigo hace referencia al castigo que toda alma impura debe sufrir despues del juicio final.

Osiris es el dios bienhechor, señor de la vida sobre la tierra, y rey del *Amenthi*; dios tres veces grande, mediador eterno, presidente de la region inferior, que premia y castiga, gran rey divino, hijo querido del Sér Supremo, etc., etc. Hé aquí el soberano del infierno egipcio; divinidad que Herodoto, Diodoro Sículo y Plutarco miraron unánimes como tipo primitivo de *Dionysos* ó Baco de los griegos y de los romanos. La opinion de los clásicos se halla completamente confirmada por los grupos emblemáticos colocados delante del dios: por el *Cerbero*, el altar de las ofrendas y la piel de pantera. A este gran Juez es á quien *Thôt* debe presentar la relacion y el resultado de la ponderacion del alma y del juicio instruido por las cuarenta y cuatro divinidades; como representante de la bondad divina del Sér Supremo, recompensará al alma fiel á sus deberes, llamándola á un mundo mejor, lleno de delicias y de goces inefables, ó castigará sus faltas arrojándola sobre la tierra bajo una forma nueva, humana ó animal, para que experimente nuevas penas, hasta que se presente limpia de toda mancha al severo tribunal del *Amenthi*.

De notar es, en este punto, que existen ciertas analogías entre la religion egipcia y la doctrina espiritista de Allan-Kardec, que admite la reencarnacion del alma sobre la tierra, para someterse de este modo á nuevas pruebas; y que estas reencarnaciones se repiten y renuevan hasta que el alma haya alcanzado purificarse, para conseguir el derecho de habitar en un mundo nuevo. Así, los egipcios, hace más de seis mil años admitian y creian en la reencarnacion ó la metempsícosis!

Entre tanto, veamos la suerte reservada al alma, á cuyo juicio os he hecho asistir: llegada á su última prueba, la más terrible, la más conmovedora y la más formidable, héla ahí, en presencia del Juez Supremo de las almas, de aquel que va á reconocer su pureza ó sus culpas! Aquí, el gran dios, despues de haberse informado de las acciones del alma, y de haber leído así la relacion ó expediente formado por los cuarenta y cuatro jueces, como el resultado de la balanza, pronuncia la sentencia; y hallándola culpable de glotonería y concupiscencia, la condena á volver á la tierra bajo la humillante y despresiva forma del cerdo...

Dictada esta sentencia inapelable, un gran mono, colocado en pié sobre una pequeña nao, ase con fuerte mano una vara, con la cual azota y castiga sin compasion un cerdo: este cerdo es el alma del difunto, que habiendo sufrido ya la ley de la metamorfosis en la metempsícosis, vuelve á la tierra bajo esta nueva forma!

He terminado, Señores, tal vez demasiado pronto para lo que exigia de sí la índole del asunto representado en el diseño que teneis á la vista, é indudablemente demasiado tarde para vuestra paciencia, de la que tanto he abusado. No me era dado, conocida la ocasion, exten-

tenderme sobre la antigua religion egipcia, hablar de su gran sabiduria y de su virtud, de sus errores, quizás más grandes, pero que convenian hace más de seis mil años á aquel pueblo, que ha demostrado y demuestra aún, cuán grande y cuán desventurado ha sido. Dejadme que para concluir reproduzca en este lugar las siguientes palabras del insigne Volney, las cuales completarán el cuadro que he aspirado á presentar á vuestros ojos en estas desaliñadas líneas (1).... «Los sacerdotes, astrólogos y físicos hacian explicaciones de sus cielos y trazaban cuadros que se ajustaban exactamente á sus ficciones. Habiendo llamado en su lenguaje metafórico puertas del cielo á los equinoccios y los solsticios, como puertas de las estaciones, explicaban los fenómenos terrestres diciendo que por la puerta de cuerno, primero el toro, despues Aries, y por la de Cáncer, descendian los fuegos vivificantes que animaban en primavera la vegetacion y los espíritus acuosos que producen en el solsticio el desbordamiento del Nilo; que por la puerta de marfil, la Libra y ántes el arco ó Sagitario, y por la de Capricornio ó de la urna, volvian á su origen y se encerraban en su cáuce las emanaciones ó influencias de los cielos; que la vía láctea, que pasaba por las puertas de los solsticios, les parecia colocada allí expresamente para servir de camino y de vehículo. Además, en su atlas, la escena celeste presentaba un rio (el Nilo figurado por los pliegues de la hidra), un barco (el navío *Argos*), y el perro Syro, alusivos uno y otro al rio mencionado, cuyo desbordamiento anuncian. Tales circunstancias, asociadas á las primeras,

(1) *Las Ruinas*, tomo 1, cap. xxii. Del culto místico y moral, ó sistema del otro mundo; páginas 194 y siguientes.

y añadidos algunos detalles, acrecentaron el parecido; y para llegar al Tártaro ó al Eliseo fué necesario que las almas atravesaran la laguna Stigia y el rio Acheron en la barquilla de Caronte, y que pasasen por las puertas de cuerno ó de marfil que guardaba el can Cerbero, uniéndose, por último, una costumbre civil á todas estas ficciones, á las cuales acabó por dar singular consistencia.

»Habiendo reparado que en aquel clima abrasador la putrefaccion de los cadáveres era seguro gérmen de la peste y de otras muchas enfermedades, los habitantes del Egipto tenian en muchas comarcas instituida la costumbre de inhumar á los muertos fuera de los lugares habitados, en el desierto que se extiende al Poniente.

»Para llegar á él, hacíaase indispensable atravesar los canales del rio, y por consiguiente, ser recibido en una barca y pagar un salario al batelero, sin lo cual el cuerpo privado de sepultura habria sido presa de las bestias feroces. Semejante costumbre inspiró á los legisladores civiles y religiosos un medio poderoso de influir sobre los hábitos populares; y apoderándose por la piedad filial y por el respeto hácia los muertos, de los hombres groseros y feroces, establecieron como condicion necesaria el haber sufrido un juicio prévio, que decidiese si el muerto merecia ser admitido entre los miembros de su familia en la ciudad oscura. Adaptábase tal idea tan perfectamente á las otras, que no era dudable habria de incorporarse á ellas, no tardando mucho en asociarse á aquélla el pueblo entero, por lo que los infiernos tuvieron su Minos y su Radamante, con la varilla, el tribunal, los ugieres y la urna, como en el estado terrestre y civil.

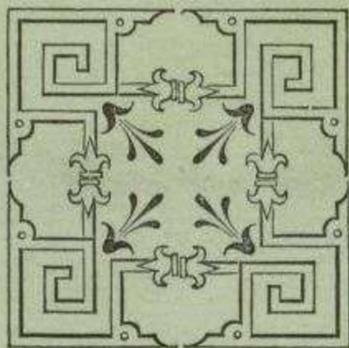
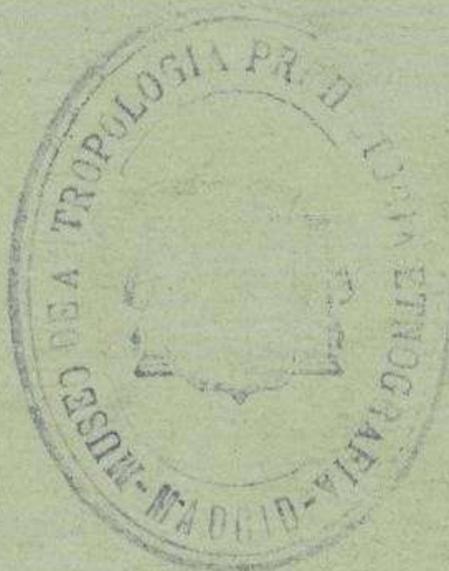
» En seguida la divinidad se convirtió en un sér moral y político, un legislador social tanto más temido, cuanto que este legislador supremo, este juez final fué inaccesible á las miradas; desde luégo aquel mundo fabuloso y mitológico, tan bizarramente compuesto de miembros esparcidos, tuvo un lugar de castigo y de recompensa, en el cual la justicia divina tomó el encargo de corregir cuanto en la humanidad habia de vicioso y erróneo. Adquirió tanto más crédito este sistema espiritual y místico, cuanto que se apoderó insensiblemente del hombre por todas sus inclinaciones y deseos: el débil oprimido encontró allí la esperanza de una indemnizacion, el consuelo de una venganza futura; el opresor, creyendo por medio de ricas ofrendas alcanzar siempre la impunidad, convirtió el error del vulgo en un arma para subyugarle; y los jefes de los pueblos, los reyes y los sacerdotes vieron allí nuevos medios de dominarle, por el privilegio que se reservaron de repartir las gracias ó las penas del gran juez, segun los delitos ó las acciones meritorias que calificaron á su antojo.

» Hé aquí cómo se introdujo en el mundo visible y real el mundo invisible é imaginario; hé aquí el origen de esos lugares de delicias y de penas, de los cuales, vosotros, persas, habeis hecho vuestra tierra prometida, vuestra ciudad de resurreccion colocada sobre el Ecuador, con el atributo singular de que los bienaventurados no harán ni proyectarán allí sombra alguna.

» Hé aquí, judíos, discípulos de los persas, de dónde ha surgido vuestra Jerusalem del Apocalipsis, vuestro paraiso, vuestro cielo, caracterizados por todos los detalles del cielo astrológico de Hermes! Y vosotros, musulmanes, vuestro infierno, abismo subterráneo, unido

por un puente, vuestra balanza de las almas y de sus acciones, vuestro juicio pronunciado por los ángeles Monkir y Nekir, han tomado igualmente sus modelos en las ceremonias misteriosas del antro de Mithra, y vuestro cielo no difiere en nada del de Osiris, Ormuz y Brahma!» — HE DICHO.

ASSIUT (Alto Egipto), 1878.

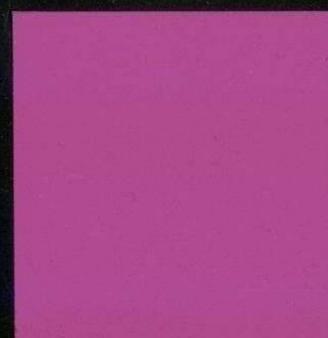
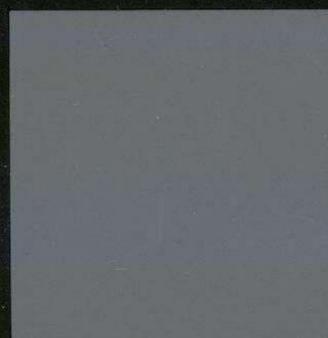
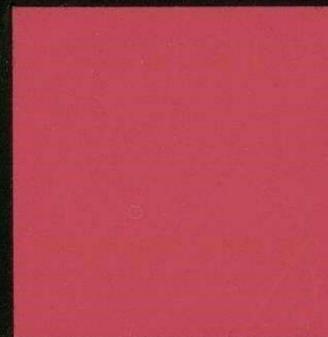
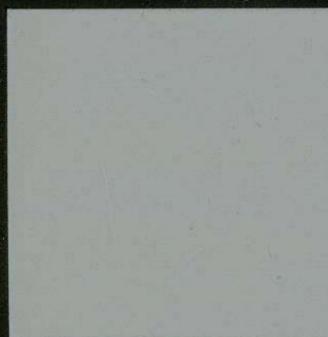
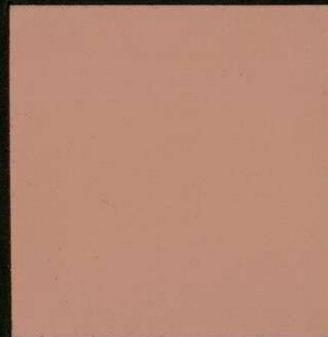
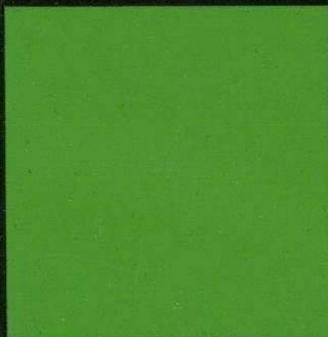
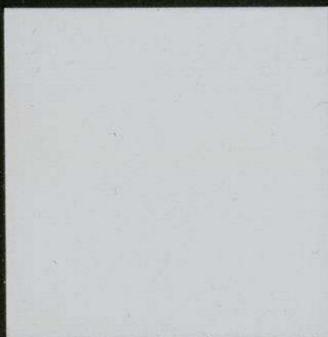
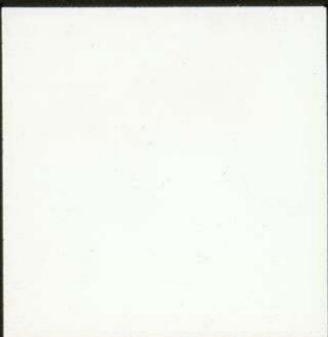


tista en la pintura
no se ocultará,
de la *Psychostoa*
según las doctrinas
humana, cuando
region inferior
destinado á pe
durante su peregrinación

Pintado ó esculpido
Tebas, en las tumbas
varios monumentos
de igual forma,
tista de cada época
festaciones unidas
pesar de las dificultades
desde luégo en adelante
sentada.

El trascurso de los siglos
tadas por el Egipto
llegado á nuestros días
en la apetecible
tadas ó esculpidas
siblemente determinadas
tades con que manifiestan
cuadro los pasajes
ocultaré por cierto
el colorido y detalles
y facciones características
otra de las dificultades
portancia; pero en
medida de mis fuerzas
terminado mi trabajo
cerle hoy á vuestras

x-rite



colorchecker CLASSIC

...a de vos-
...e hubiera
...reconoci-
...n estudio
...ñores, mi
...lizar esta
... título de
...ndome á
...este débil
...a benevo-

...izados de
...anera al-
...e la civi-
...propagar
...cios, ha
...deudora,
...antos en

...a célebre
...as de los
...a, de sus
...cion om-
...lada por
...o no era
...ciso dar
...remotos
...on eran

...onstante



mm